

Somos PEREGRINOS

guiados por “el espíritu de nuestro Padre”.

H. Yannick HOUSSAY
Superior General

HERMANOS de la INSTRUCCIÓN CRISTIANA

Agosto 2014 - Circular 310

Índice

INTRODUCCIÓN	5
Somos PEREGRINOS	10
EL ESPÍRITU SANTO es nuestro GUÍA.	22
CAMINAMOS con COMPAÑEROS.	30
GUIADOS por el ESPÍRITU de NUESTRO PADRE.....	36
1. <i>“Tomad en todo a Jesucristo por modelo.”</i>	37
2. <i>“Obrad con sencillez y libertad de espíritu.”</i>	39
3. <i>“No tengáis más que un solo corazón y una sola alma.”</i>	42
4. <i>“Santificaos haciendo santos.”</i>	44
5. <i>“Escuchad la Palabra de Dios interior y vivificante.”</i>	47
6. <i>“Comulgad lo más a menudo que podáis.”</i>	50
7. <i>“Tened una tierna devoción a María.”</i>	55
CONCLUSIÓN	58



Dios solo



*“Te instruiré,
te enseñaré el camino que debes seguir,
pondré mis ojos en ti,
seré tu consejero.” (Ps 31,8)*

INTRODUCCIÓN

El texto del Capítulo General de 2012, nos invita a la reflexión desde sus primeras páginas: *“Sea cual fuere su edad, el Hermano escucha la voz del Señor que le urge, le llama por su nombre y le envía. (cf. D 19) Para responder a esta llamada de forma personal, presta atención a sus encuentros con el Señor en la escucha de la Palabra, en la Eucaristía, en la oración personal, en las personas y en los acontecimientos de la vida.”*

¹ *Quizá sea este primer punto del Capítulo General el más breve pero no el que tiene menos importancia. Por eso me gustaría volver a reflexionar sobre él en esta circular.*

En el informe que se envió a los Capitulares, poco antes del Capítulo General, se ponían de relieve algunos aspectos fundamentales de nuestra vida espiritual. Os recuerdo algunos:

“El Hermano es una persona que sigue a Jesús y que es enviado por Él. Todos sus actos son a la vez espirituales y

¹ Capítulo General 2012, pg. 9

apostólicos, porque es el Espíritu quien vive en él. En cada acto del momento presente, alabamos a Dios, rezamos por nuestros hermanos, pedimos perdón, adoramos, escuchamos al Espíritu, amamos y evangelizamos al educar y servimos a nuestros Hermanos. El Espíritu es quien ora en nosotros, actúa, ama, evangeliza, educa y sirve.

Esta espiritualidad apostólica menesiana se reviste de matices propios a través de los “iconos” menesianos: ser el ángel guardián de los jóvenes, ser la imagen de Jesús que acoge y bendice a los niños, ser Jesús que hace la voluntad del Padre por la obediencia radical hasta la cruz,...

Es, ante todo, una experiencia de vida más que un discurso. Se habla a veces de la problemática de la unidad de vida como de un desafío, de un estado jamás alcanzado. Nos encontramos ante la experiencia íntima de cada uno de los Hermanos... Buscar la identidad del Hermano tiene que ser un camino que nos lleve a esta unificación del ser. Todo esto tiene que apoyarse en la escucha interior del Espíritu... de lo contrario, corremos el riesgo de agotarnos, nos vaciamos interiormente y perdemos el gusto por nuestra vocación.

La cuestión clave es, pues, el crecimiento espiritual, humano, apostólico, menesiano,...

Tenemos que hacer hincapié en el desafío del crecimiento de la vida espiritual y apostólica de cada Hermano, prestando gran atención a las necesidades específicas de cada “edad de la vida espiritual.”

¿Qué lugar ocupa la Palabra en nuestras vidas? ¿La leemos, meditamos, estudiamos como deberíamos por medio de la Lectio divina? ¿Tiene cada Comunidad o mejor aún cada

Hermano, acceso a la Biblia o a un Misal que le permita, cada día, leer y meditar la Palabra?

Respecto a la lectura de la vida, la Lectio vitae, no podemos subestimar su importancia para nuestra vida religiosa. ¿Cómo podremos progresar en la obra del Señor si no dedicamos un tiempo, cada día, a revisarla a la luz del Espíritu?"

Hace ya dos años que tuvo lugar el Capítulo General. Pero el desafío de la formación permanente en nuestro Instituto sigue en pie. Recordemos lo que escribía Juan Pablo II en *'Vita consecrata'*: *"El objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión."* Este proceso debe permitir *"responder SÍ a la llamada del Señor, comprometiéndose personalmente en la maduración progresiva de su vocación..."* La formación, por tanto, *"debe abarcar a la persona entera, de tal modo que... todo su comportamiento manifieste la plena y gozosa pertenencia a Dios."* En definitiva, *"se trata de un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre."* (VC 65) Ninguna fase de la vida *"puede ser considerada tan segura y fervorosa como para excluir la necesidad de esforzarse positivamente y poder, de este modo, tener mayores garantías de perseverancia en la fidelidad. Así como tampoco existe edad alguna en la que se pueda dar por concluida la completa madurez de la persona."* (VC 69).

En este fragmento de *'Vita consecrata'* encontramos ya estas palabras: proceso, maduración progresiva, itinerario, asimilación progresiva de los sentimientos de Cristo. Expresan, cada una a su modo, que la vida espiritual está en continuo crecimiento y que cada uno de nosotros somos peregrinos en

camino hacia la santidad a la que hemos sido llamados. Por una parte, contamos con una llamada, y por otra, con nuestra respuesta personal y comunitaria que nuestra fragilidad y nuestro pecado tantas veces contradicen.

Este itinerario toma forma en el corazón de una “familia” que ha recibido del Espíritu dones que hoy comparten todos sus miembros. La espiritualidad menesiana, de alguna manera, es como el seno materno de nuestra propia maduración espiritual, de nuestro devenir adulto en Cristo. Esta peregrinación, común para todos los cristianos, tiene, para nosotros, un matiz peculiar que se vive en la experiencia de una comunión fraterna y que podemos ver en los rostros de nuestros Fundadores y de los primeros Hermanos.

En el capítulo primero consideraremos la vida espiritual como el camino por el cual, lejos de extraviarnos, caminaremos atraídos por el objetivo que nos hemos fijado. El capítulo segundo nos ayudará a comprender que poseemos una “brújula”, que es la luz del mismo Espíritu, la “estrella” que nos precede siempre y que, entre ambas, nos guiarán en nuestro caminar.

Los dos últimos capítulos nos ofrecen la oportunidad de ver cómo nuestra vida espiritual está marcada por el carisma de nuestro Instituto. Recibiremos la invitación - cada cual tendrá la posibilidad de dar su propia respuesta - a reconocer la belleza de la obra del Espíritu en nosotros, unidos a todos aquellos que se identifican con la misma fuente de inspiración, del mismo carisma.

Comprenderemos mejor, al ir haciendo camino, que si ‘Dios Solo’ puede hacernos santos, quiere además que por

nuestra parte, tomemos una decisión clara. Esta es su obra pero es también la nuestra. Este fue el camino emprendido por todos los santos. El joven Roncalli - el futuro Papa Juan XXIII - es un ejemplo. Cuando tenía 21 años escribió esta decisión: *“Dios me quiere santo sin restricciones y voy a serlo”*.

Somos PEREGRINOS

El caminar de nuestra vida puede ser comparado con una peregrinación. En nuestro mundo, donde a veces es difícil encontrar el silencio y la paz y donde la misma luz artificial hace olvidar la belleza de una noche estrellada, son muchos los atraídos por la experiencia de una marcha que aleja del ruido y de la agitación y que acerca al corazón íntimo de cada uno. *“Podemos decir que la vida espiritual, comprendida como la vida de Cristo y la vida según el Espíritu, se define como un itinerario de crecimiento en donde la persona consagrada es conducida por el Espíritu y configurada por Él con Cristo, en comunión plena de amor y de servicio a la Iglesia”* (VC 93). En una de sus homilías matinales el Papa Francisco añade: *“¡Somos viajeros, pero no caminamos sin rumbo! ¡Vamos de camino, pero sabemos a dónde vamos! ¡Somos peregrinos, pero no extraviados!”* Caminamos hacia un horizonte de luz.

Esta peregrinación nos trae a la memoria nuestra historia. Hechos del pasado, de nuestra vida personal, nos vienen a la cabeza y se nos presentan como acontecimientos fundadores.

Entendemos mejor el largo camino que representa nuestra vida. Tener un horizonte ante sí, un camino que recorrer, nos lleva al camino ya recorrido, lo que nos ha enseñado sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre el mundo y también sobre Dios. El tiempo que transcurre se presenta ante nosotros como una experiencia fundamental. Mientras caminamos, vamos experimentando que el tiempo es una escuela de vida. Hay un antes y un después. No puede uno volver atrás. Avanzamos atraídos por un objetivo que reclama una fuerte adhesión del corazón.

“El tiempo es superior al espacio, escribe el Papa Francisco. Este principio permite trabajar a largo plazo, sin estar obsesionados por los resultados inmediatos. Ayuda a soportar con paciencia las situaciones difíciles y adversas, o los cambios de planes que impone la realidad... Dar prioridad al espacio conduce a volverse locos por resolver todo en el momento presente... Dar prioridad al tiempo, es dedicarse a iniciar los procesos más que a poseer los espacios.” Eso es lo que le impulsa a uno. Y yendo aún más lejos, el Papa hace esta brillante aproximación a la acción del Espíritu en nuestro mundo: *“La parábola del grano y de la cizaña (cf. Mt 13, 24-30) describe un aspecto importante de la evangelización, que consiste en enseñar cómo el enemigo puede ocupar el espacio del Reino y dañarlo con la cizaña, pero puede ser vencido por la bondad del grano que se manifiesta a su tiempo.”*²

Dar prioridad al tiempo es hablar de la vida en términos de camino por recorrer, de puestas en marcha y de horizontes siempre nuevos. El itinerario de la vida que recorreremos, hecho

² Papa Francisco, *La alegría del Evangelio*, nº 222-225

de avances y de retrocesos, de extravíos y de nuevos comienzos, reclama paciencia y nos invita a reconocer al Espíritu que nos guía. Recibimos de él, cuando tenemos necesidad, la luz que nos alumbra. Aprendemos así la perseverancia del peregrino: Hay que caminar, incluso de noche, esperando que, de nuevo amanezca el día como una nueva etapa. “Para vivir, simplemente, hay que partir sin cesar. Nuestra entera existencia, incluida nuestra muerte, es nuestro lento nacimiento hecho de crisis y de desgarros.”³

Dar prioridad al tiempo, es también estar convencidos de que en cada nueva etapa hay tramos importantes, pero que no son nunca definitivos. El peregrino sabe que se puede equivocar de itinerario, pero que, por eso, no está todo perdido. Ayudado por algunos compañeros de camino o por guías expertos, puede volver a encontrar el camino. Experimenta también que cuando ha superado una etapa difícil el horizonte se abre y permite contemplar el mundo con una mirada nueva. Incluso si alguno de los pasos que va dando le alertan de la existencia de las pruebas que le esperan, sigue caminando con decisión y esperanza, porque está seguro de que se abrirán ante él otras perspectivas. Sabe que no es posible volver sobre sus pasos si no quiere renunciar al proyecto que se ha trazado y que, en el fondo de sí mismo, le llama a superarse.

Nuestra vida espiritual es un caminar sin descanso, pero que se abre cada día a un nuevo porvenir que nunca desaparece de nuestra vista. Si la vida se vuelve monótona y tediosa, si pierde su vitalidad, su significado, su fuerza, es, sin duda, la señal de que hemos perdido el sentido de la misma. Hemos

³ Bernard Rey, o. p. *L'engagement de la foi*, Christus, nº 173, pg. 23

dejado de ser peregrinos, nos hemos convertido en caminantes sin rumbo. La mirada no se fija ya en el objetivo elegido, se ha dejado seducir por placeres pasajeros, por espejismos. Necesita ponerse de nuevo en pie y volver al camino interior, despertar al adormecido que se ha quedado traspuesto a la vera del camino, dejando marchar a los compañeros de ruta.

Los medios para alcanzarlo no faltan. Pero hay que aceptar el no ver desde el primer momento los frutos del esfuerzo. La experiencia de la paciencia y del tiempo permite no desanimarse ante la primera prueba. Es necesario ponerse continuamente en marcha y aceptar la espera de los frutos de los esfuerzos realizados. Con todo esto habremos aprendido, a lo largo del camino, que nos tenemos que desprender de nosotros mismos un poco más cada día.

La Palabra de Dios utiliza con frecuencia esta imagen del camino, de la ruta. El profeta Miqueas, por ejemplo, le recuerda al pueblo elegido lo que el Señor espera de su conducta: “¡Oh hombre!, el Señor tu Dios te ha dicho lo que es bueno y lo que pide Yahveh de ti: solamente que hagas justicia, que ames la misericordia y que te humilles ante tu Dios.” (Miq 6, 8). También los salmos ensalzan “el camino de los perfectos” (cf Ps 101) “el camino del justo” que el Señor conoce y que se aleja de “el camino de los impíos” (cf Ps 1).

El Dios de Israel es un Dios que llama y que conduce a su pueblo por caminos exigentes y desconcertantes. Abraham debe salir de su tierra e irse a habitar una tierra extranjera. El pueblo elegido, guiado por Dios, atraviesa el desierto por un camino arduo y largo para llevarle a la Tierra Prometida. El camino que el Señor pide a su pueblo que emprenda es el difícil camino de una “*formación permanente*”. Este camino

de crecimiento le va a permitir convertirse en un pueblo que alaba a Dios y que es testigo de su ternura para con todos. Sí, emprendamos *“el camino que Yahveh tu Dios te ha hecho andar durante estos cuarenta años por el desierto para humillarte, probarte y conocer lo que había en tu corazón: si ibas o no a guardar sus mandamientos...”* (Dt 8, 2-2).

En el Nuevo Testamento, el cristianismo naciente es llamado *“el camino”* (Act 9,2), que permite llegar a ser hijos en el Hijo, Él que se nos ha manifestado como *“el camino”*. *“Andad el camino del amor, a ejemplo de Cristo que os ha amado”*, nos exhorta S. Pablo (Ef 5, 2). Jesús invitará a sus discípulos a seguirle. Él tampoco tenía ni una piedra donde reclinar la cabeza, pero recorría los caminos de Galilea anunciando el Reino que ya llega, curando a los enfermos y expulsando demonios. Los que quisieran ser sus discípulos estaban llamados a seguirle para hacer las cosas que él hacía. *“El camino”* representa, pues, la forma de ser cristiano. Para S. Pablo, no se trata únicamente de andar, ¡sino de correr! Esta tensión hacia el futuro que pertenece a Dios es un imperativo: *“olvidando lo que queda atrás, me lanzo hacia adelante, en tensión y corro hacia la meta, teniendo ante los ojos el premio que Dios tiene preparado allá arriba, en Cristo Jesús.”* (Flp 3, 13-14)

Así que no podemos hablar de *itinerario espiritual*, o sencillamente *vida espiritual* como algo estático que se aprende una vez para siempre. Se trata de acostumbrarse a caminar humildemente con Dios, toda la vida, para llevar a todas partes la curación, hablar como Él y vivir de la forma que Él vivía. Es en realidad vivir el acompañamiento. El que nos llamó quiere caminar con nosotros como lo hizo con los discípulos de Emaús. Quiere hablarnos, enseñarnos y hacernos crecer.

Se ajusta a nuestro ritmo para invitarnos, poco a poco, a co-ger su paso, no solamente algunos días o durante unos meses, sino toda la vida. De esta forma nuestra vida con Él es una tensión continua que no se relaja nunca: *“Corramos con constancia la carrera que se nos propone, fijando los ojos en el autor y consumidor de nuestra Fe, el que la conduce a la perfección, Jesús.”* (Heb 12, 1-2)

¿No has caído en la cuenta de que, cada mañana en el Oficio, resumimos todo esto en el salmo invitatorio (S 94) que recitamos juntos?: *“Venid,... corramos a su presencia, dándole gracias,...”* No os quedéis quietos, vosotros que acabáis de despertar a un nuevo día, poneos en camino ya, partid al encuentro de vuestro Dios, Él os espera. Emprendamos el camino de hoy desde el amanecer, sin hacernos los remolones, el tiempo apremia,... *“porque nosotros somos su pueblo, el rebaño que Él guía,...”*, seguimos cantando en ese mismo salmo. *“¡Ojalá escuchaseis mi voz!”... “No endurezcáis el corazón, como hicieron vuestros padres, el día de Masá en el desierto, cuando me pusieron a prueba y me tentaron,...” “Es un pueblo de corazón extraviado, que no reconoce mi camino,... por eso no entrarán en mi descanso,...”* - la tierra que Él les había prometido.

Nuestra vida espiritual consiste en caminar con Jesús, humildemente, día tras día. No somos discípulos de Cristo para descansar. Él, nuestro Maestro, nunca deja de trabajar junto al Padre. Mediante un lento y paciente proceso, nuestra peregrinación nos hará ir adquiriendo los sentimientos de Cristo, un amor de hijo hacia el Padre y una inmensa ternura hacia nuestros hermanos. No se trata de un paseo, ¡se trata de una carrera! Pero estamos revestidos del Espíritu que hace

de nosotros atletas dispuestos a superar las pruebas que nos irán dando forma, un poco más cada día, hasta asemejarnos a la imagen de Cristo.

Llegados aquí, la pregunta que nos podríamos hacer es la siguiente: “¿Vivimos verdaderamente nuestra vida espiritual como un camino que recorrer, como una carrera en la que nos hemos comprometido? En todas las carreras de fondo hay etapas diferentes. En el Noviciado, el corazón, gozosamente comprometido “da alas” y fuerza al joven que ha decidido ser Hermano. Tiene la impresión de que corre, vuela, hacia la meta. Los esfuerzos que se le piden tienen para él un significado claro y camina con entusiasmo.

Pero, más tarde, llega un momento en el que surge la decepción “*por culpa de los pobres resultados*”. ¿No habremos equivocado “*el don absoluto con el resultado absoluto?*” (VC 70) Quizá estábamos más apegados a los éxitos de nuestra labor apostólica que a la entrega total de nosotros mismos en favor del Reino. Es la hora de la purificación de las intenciones. Tenemos que ser conscientes de que vamos tras las huellas de Jesús, no porque experimentemos satisfacciones personales, o porque todos, a nuestro alrededor, tienen buenas disposiciones y están completamente entregados y que existe un entendimiento perfecto entre todos, en cuanto a objetivos se refiere. ¡No! caminamos en pos de Jesús por Él, Él nos ha llamado y Él nos ama. Puede ocurrir que en determinados momentos no le veamos, que esté como ausente. A pesar de eso seguimos adelante, porque estamos seguros de que - así nos lo dice la Fe - ése es el camino al que nos ha llamado. No le sentimos ya, interiormente, como una certeza. Es como si corriéramos en una pista de noche. El aceite que tenemos de

reserva, como las “*vírgenes prudentes*” nos permitirá conservar suficiente luz interior como para correr con confianza, teniendo la seguridad de que el Esposo volverá de nuevo. Esta luz interior es el único punto de referencia que persiste.

También puede aparecer la fatiga. “*Hace tanto tiempo que te sirvo y nunca me has regalado un cabrito,...*” Somos como el hijo mayor de la parábola. Nos quejamos mientras vivimos a expensas de la generosidad del Padre sin caer en la cuenta. Sentimos envidia al ver que otros nos parece que reciben gracias más excepcionales. Y nosotros ¡nada! Entonces hace presencia la decepción efectivamente y la tentación de no seguir esforzándonos sino de tomarnos “un descanso” y “divertirnos”, de pensar en otras cosas. Y poco a poco, nos vamos alejando de la mentalidad del Evangelio para entrar en una mentalidad “mundana”, peligro tan frecuentemente denunciado por el Papa Francisco.

Por el contrario, si, a pesar de la noche, seguimos caminando, evitamos caer en el individualismo, la rigidez y la relajación. Descubrimos entonces que hemos sido llamados a algo que nos sobrepasa y que solamente el Señor puede hacer que nuestra vida sea fructuosa. Purificados, modestos y humildes, dejando transparentar la obra de Dios y no nuestra propia obra, abiertos y acogedores de los ‘diferentes’, de los extranjeros, nos sentimos contentos de lo que Dios hace, de lo que hacen los demás y no sólo y en primer lugar, de lo que hacemos nosotros.

Sin embargo, lo sabemos por experiencia, este desprendimiento interior no es fácil. Es una dura pelea que exige tiempo y perseverancia. Y en el camino, tantas caídas y tantas ‘vuelta a ponerse en pie’, han ido forjando en nuestra alma la

certeza de que si hubiéramos estado solos no nos habríamos mantenido en pie. También estamos aquí gracias a los Hermanos. Ciertamente que no son perfectos, pero son nuestros Hermanos y gracias a ellos seguimos adelante en nuestra peregrinación.

Volvamos a la imagen del caminante. Cuando vemos a los excursionistas salir por la mañana temprano para escalar una montaña, podemos decir: ¿para qué se levantan tan temprano si hay tanto día por delante? ¡Que esperen a que salga el sol! Se fatigan desde por la mañana cuando les queda todo el día. Pues no, justamente, para estar seguros de llegar temprano a la cima para aprovechar a tope de la excursión hay que empezar a andar antes de que amanezca.

Parecido es nuestro camino en el seguimiento de Cristo. Cada mañana nos levantamos temprano para estar seguros de no llegar tarde a la cita con el Esposo que nos invitará a ir a su encuentro con nuestras lámparas encendidas. Cada día nos ponemos en pie con este objetivo: seguir adelante en nuestro seguimiento de Cristo hoy, subir más arriba que ayer. Decisión acertada, ardiendo en el amor que nos habita, día y noche, despiertos o dormidos. Sea cual sea la etapa en la que nos encontremos, tenemos que tener el deseo, siempre nuevo, de ser hombres en pie, entregados al “Dios Solo”. Incluso aunque la noche del corazón nos impida ver el sol de Dios, tenemos que volvernos a poner en marcha cada día. Se ha dicho que el éxito es de los que madrugan. Si es verdad, desde el punto de vista humano, lo es también en el plano de nuestra vida espiritual.

Tenemos que volver a descubrir el sentido de esta oración matutina, como el tiempo del despertar a lo que el Espíritu

nos quiere decir en el silencio del encuentro personal y silencioso, el tiempo también donde se nos reparte el pan de la jornada, el pan de la Palabra y del cuerpo de Jesús, si tenemos la suerte de participar en la Eucaristía por la mañana. Seremos entonces como Elías, cuyo relato os invito a leer en el primer Libro de los Reyes (19, 1-8):

“Ajab contó a Jezabel todo lo que había hecho Elías y cómo había pasado a todos los profetas al filo de la espada. Jezabel envió entonces un mensajero a Elías para decirle: "Que los dioses me castiguen si mañana, a la misma hora, yo no hago con tu vida lo que tú hiciste con la de ellos". Él tuvo miedo y partió en seguida para poner su vida a salvo. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su sirviente. Luego caminó un día entero por el desierto, y al final se sentó bajo una retama. Entonces se deseó la muerte y exclamó: "¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres!". Se acostó y se quedó dormido bajo la retama. Pero un ángel lo tocó y le dijo: "¡Levántate, come!". Él miró y vio que había a su cabecera un panecillo cocido sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y se acostó de nuevo. Pero el Ángel del Señor volvió otra vez, lo tocó y le dijo: "¡Levántate, come, porque todavía te queda mucho por caminar!". Elías se levantó, comió y bebió y fortalecido por ese alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, el monte Horeb.”

Elías quiere hacer lo que Dios quiere. El ardor le desborda. Siente el entusiasmo de la juventud de corazón por su Señor. Pero hete aquí que su vida está en peligro. No lo soporta. ¡Entonces opta por salvar su vida! Y aparece la huida, acompañada de la subsiguiente depresión. Llega hasta desearse la muerte; no le quedan ya ganas de vivir. Piensa que no es comprendido, rehúsa el combate. Entonces se le aparece el

ángel del Señor. ¿Qué le trae? El pan y el agua para el camino, un largo camino, el del pueblo que Dios salva. Esta comida le va a permitir oír la palabra que Dios le dirige y sobre todo a ponerla en práctica. Ya no siente miedo. Se vuelve a poner en camino con esperanza.

*“La Fe no tiene respuesta para una corazonada pasajera: se ocupa, con preferencia, de aventuras más largas y a veces más difíciles, que no excluyen ni las pruebas ni las noches.”*⁴ Nuestra Regla de vida lo expresa de esta forma: *“Apoyado en una firme esperanza, el Hermano toma su vida futura con sus vicisitudes imprevisibles,... El dinamismo de este acto pasajero se prolonga, sostenido por la gracia, en un querer oblativo permanente, a pesar de los cambios de la persona.”* (D 24) Así que no escuchemos, pues, la voz de la fatiga o del desánimo. *“Sin tiempos prolongados de adoración, de encuentros orantes con el Padre, de diálogo sincero con el Señor, las ocupaciones se vacían fácilmente de sentido, nos debilitamos por culpa de la fatiga y de las dificultades y el fervor se apaga,”*⁵ nos dice el Papa Francisco. Repitémoslo una vez más, cada mañana, al despertarnos tenemos que empeñarnos en comenzar por lo fundamental, si no queremos caer en el desánimo y la tibieza: alimentarnos del pan de la Palabra que revive y da la alegría y la paz a nuestros corazones, en lo más profundo; tomar el alimento del Cuerpo y la Sangre de Jesús para recibir con ellos la fuerza de su alma y la luz de su espíritu. Cada mañana, al alimentarnos así, dejamos que aparezca ante nosotros el inmenso campo del Señor, al que somos en-

⁴ Bernard Rey, op. cit. pg. 31.

⁵ La alegría del Evangelio, nº 262.

viados, pidiendo por los que esperan nuestra presencia y nuestra palabra, llevándosela a este pueblo que tiene sed. Ni que decir tiene que Dios debe estar siempre presente en el peregrinar de nuestra vida espiritual, en nuestro espíritu y en nuestro corazón, pero no menos lo tienen que estar los hombres, las mujeres y sobre todo los niños y los jóvenes que caminan a nuestro lado.

En fin, para concluir este primer punto, recordemos la importancia de nuestra decisión personal. Cuántos discípulos se han ido, han abandonado al Maestro cuando el camino les ha parecido demasiado arduo. Para llegar al final del camino, para ser un peregrino tenaz, tenemos que tomar decisiones una y otra vez... cada día de nuestra vida. Vuelvo a mencionar aquí el ejemplo de Juan XXIII. A sus 15 años había tomado cuatro decisiones: *“Unión con Jesús, recogimiento en su corazón, oración del rosario, y ser yo mismo en cada una de mis decisiones.”* Decisiones claras y precisas que siempre fueron acompañadas de una confianza sin límites en la Providencia. Él solía decir: *“Dios lo es todo, yo no soy nada y esto me basta por hoy.”* Su santidad residía en su obediencia evangélica al Señor y en su sencillez de vida. Para calmar su inquietud recurría al humor. *“Una noche soñé que mi ángel de la guarda me decía: Ángelo no te tomes las cosas tan en serio”* confesaba un día. Espíritu de decisión, rectitud de intención, sencillez de vida, reírse de uno mismo, estas fueron las decisiones fundamentales de una vida entregada a Dios.

EL ESPÍRITU SANTO es nuestro GUÍA.

La Encarnación del Hijo se llevó a cabo en este mundo real, que es el nuestro. La vida espiritual, que consiste en acoger su Espíritu, forma parte, por consiguiente de nuestra dimensión real - y no 'virtual' - de nuestra existencia. Ha de ser vivida en el corazón mismo de nuestras relaciones y de nuestras actividades humanas tanto como en nuestras decisiones y nuestras búsquedas diarias. No es algo exterior a nosotros como si fuera un bien que deberíamos de ir a buscar lejos para integrarle posteriormente en nuestra vida. Es el fruto de la acción del Espíritu en nuestro ser más íntimo y que acogemos libremente. Una auténtica vida espiritual unifica nuestra vida y nos libera del estrés de la dispersión.

Para ayudarnos a comprender este misterio y tratar de entender mejor la manera de adquirir esta unificación profunda del ser, escuchemos de nuevo la Palabra de Dios. Ella nos va a enseñar a entrar en la vida como peregrinos: una peregrinación del corazón. Aquí "*corazón*" no representa únicamente lo que hace referencia a la vida afectiva y a la sensibilidad. Re-

viste un significado mucho más amplio y globalizador. En la Biblia, el corazón abarca además de todas las actividades del espíritu, las emociones, también la inteligencia, las intuiciones, los dominios del inconsciente, etc. Por tanto podríamos hablar de nuestro espíritu o de nuestra alma para expresar con ello que se trata de la coherencia interna del ser humano. Ni que decir tiene que en este centro es donde se juega la unificación de nuestro ser. Por tanto es importante ir a su encuentro si se quiere vivir consigo mismo y encontrar el Espíritu de Dios que establece en nosotros su morada y que pone orden en nuestra casa interior echando fuera cualquier espíritu que pudiera introducir la confusión.

La oración de los salmos nos ha acostumbrado a este lenguaje. El Señor sondea *“las entrañas y el corazón”* (S 7, 10). Es *“el salvador de los rectos de corazón”* (S 7, 11). Mientras que *“los labios mentirosos”* hablan *“el lenguaje de un corazón torcido”* (S 12, 3) *“los de corazón recto verán su rostro”* (S 11, 7). El corazón del hombre puede ser falso o recto, puede estar abierto a la verdad o cerrarse a lo que es recto. Job decía de sus perseguidores que Dios había *“cerrado su corazón a la razón”* (Job 17, 4). También aquí la *“razón”* no designa la inteligencia racional, su significado es más amplio. Hallamos en él la idea de la perspicacia, de la lucidez, del discernimiento. La inteligencia del corazón en la Biblia evoca, a menudo, la sabiduría del que hace lo que Dios quiere. Cerrar su corazón a la razón, en este sentido, es - de alguna forma - rehusar hacer la voluntad de Dios.

En el Libro de los Proverbios, leemos también: *“En el corazón inteligente mora la sabiduría.”* (Prov 14, 33) *“El corazón inteligente busca la sabiduría.”* (Prov 18, 15) La inteligencia,

también aquí, no expresa únicamente la actividad cerebral o la inteligencia racional, “es un agua profunda en la que el hombre inteligente sólo tiene que beber.” (Prov 20, 5)⁶. A la inversa, el desorden del corazón puede traer la amargura y la acritud. El pecado oscurece, pues, la inteligencia. Sólo Dios puede liberarla y devolverle la claridad. Entonces puede exultar de alegría: “Hasta de noche me instruye el corazón. Por eso se me alegra el corazón, mis entrañas retozan” exclama el salmista. (S 16, 7; 9)

El Evangelio también nos enseña que la unidad de vida reside en el fondo del corazón. Confirma que el mayor de los mandamientos es: “Escucha Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Amarás al Señor de todo corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.” (Dt 6, 4-5) Y lo relaciona con el amor al prójimo para expresar la unidad esencial de estas dos facetas de una misma palabra: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12, 31) El corazón unificado es un corazón recto que conoce bien que estos dos “mandamientos” no son más que uno sólo. En los salmos cantamos esta alabanza: “Los mandatos del Señor son rectos, alegría para los rectos de corazón.” (S 19, 9) “Alegraos con el Señor, exultad justos, regocijaos vosotros los rectos de corazón.” (S 32, 11)⁷

Para S. Pablo, escribe F. Brat s.j., “el corazón es el centro de toda vida sensible, intelectual y moral, la sede universal de los afectos y de las pasiones, del recuerdo y de los remordimientos, del gozo y de la tristeza, de las resoluciones santas y de los deseos perversos, el canal de todos los efluvios del Espíritu

⁶ cf *Les Symboles bibliques*, Maurice Cocagnac, éditions Cerf, pg. 234

⁷ ib. pg. 238.

Santo, el santuario de la conciencia donde se graban con caracteres indelebles las tablas de la ley natural, donde ninguna mirada penetra salvo la mirada de Dios. La verdad la ilumina, la infidelidad la ciega, la impenitencia la endurece, la hipocresía la falsea, la bondad la dilata, la angustia la aprieta, el agradecimiento la hace saltar de alegría. El corazón es la medida del hombre; el corazón es el propio hombre, por eso Dios para valorar al hombre en su justo precio, le mira al corazón.”⁸

La transformación de nuestro “corazón”, así entendido, como la expresión de todo nuestro ser, se pone de manifiesto en un comportamiento que revela la obra del Espíritu llevada cabo en el ser profundo y a la que cooperamos libremente por la fe. Es la obra del Espíritu, pero también nuestra obra. También nosotros podemos decir con S. Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí.” (Gal 2, 20) Esto mismo lo decía un Hermano a su manera: “¿Cuál es el sitio más hermoso del mundo? Estar en la cruz como Jesús.”⁹ Así manifestaba el fuego interior que el Señor había encendido en él y la adhesión personal que él mostraba con su fe y el deseo de ser semejante a Él.

El “corazón” es el lugar de los diálogos entre Dios y nosotros. Él habla, nosotros escuchamos. Él nos envía señales, nosotros obedecemos. Nosotros le preguntamos, Él nos responde. Y, de esta forma, caminamos hacia la luz dialogando sin

⁸ PRAT F., *La théologie de Saint Paul*, citado por Gérard Therrien en : *Le discernement dans les Écrits pauliniens*. éd. Gabalda, 1973.

⁹ Hno Sigebert le Heiget, fallecido en Ploërmel en 1930 a la edad de 50 años. *Ménologe Tome 1*, pg. 139

cesar con Él como hicieron los discípulos de Emaús. Si queremos seguir con nuestro peregrinar por la tierra, con fidelidad, tenemos que ser capaces de leer las señales interiores que Él nos hace y así discernir si estamos o no en el buen camino. Ya lo hemos mencionado antes: es fácil extraviarse, dejarse arrastrar a otras veredas. ¿Cómo podremos seguir la estrella que brilla en nuestros corazones y guía nuestros pasos?

Para avanzar por el camino de nuestra vida, necesitamos darnos tiempos de discernimiento con una atención expresa a los diferentes “*espíritus*” que hablan a nuestro “*corazón*”. Algunos nos van a desanimar, otros nos van a adormecer, otros insensibilizar y por fin, otros que nos van a estimular y nos van a animar a seguir caminando, a comenzar de nuevo cada día. Así que es importante ver claro en nuestro interior y conocer de qué manera el Espíritu del Señor se nos da a conocer. Las disposiciones personales que se van a mencionar a continuación son señales manifiestas de que Dios está actuando y de que caminamos en su presencia, con nuestras fragilidades y sin duda, con nuestro pecado, pero también con nuestra fe en su amor misericordioso. Os invito a captar su sentido profundo con el fin de hacer un verdadero trabajo de relectura de vuestra propia vida.

- Una actitud alegre y de acción de gracia ante Dios y con los Hermanos: *“Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo porque ésa es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo.”* (I Tes 5, 16-18) El trabajo que el Espíritu lleva a cabo en nosotros se mide por la paz profunda que nos habita y por la alegría que experimentamos, a pesar de las contrariedades y fracasos. Está claro que también tenemos que contar con las fragilidades si-

cológicas de nuestra naturaleza herida. Pero nuestra vulnerabilidad no le impide a Dios actuar. Lo podemos constatar por experiencia cuando nos damos cuenta de que a pesar de los altibajos seguimos deseando hacer la voluntad de Dios.

- Una caridad fraterna, siempre en progreso y vivida de una manera concreta, una preocupación desinteresada por el Hermano y la renuncia constante a uno mismo. Tener *“el mismo sentir que tuvo Jesús”* (Flp 2, 5) ésa es la ley interior inscrita por el Espíritu de Jesucristo. El amor cristiano es el olvido de uno mismo para ayudar a crecer al otro a ejemplo de Cristo que nos amó y se entregó por nosotros. La caridad no es un *“buen sentimiento”* etéreo, es el *“camino superior”* de un amor que es paciente, no tiene envidia, no se envanece, no busca su propio interés, etc. (cf. I Co 13) Este camino no se puede emprender más que con la ayuda de la fuerza del Espíritu de Cristo. La madurez espiritual va siempre acompañada de un sentimiento de Iglesia y de un auténtico compromiso de vida comunitaria. Se la reconoce por la calidad con que nos involucramos personalmente en la vida de Comunidad y en la Iglesia local. Las dificultades que vayamos encontrando no nos desaniman, sino que incluso nos estimulan. *“Todo está por hacer y yo quiero entregarme a ello.”* Esta caridad activa significa que nuestro corazón está bien anclado en Cristo y que queremos que Él actúe en nosotros.

- Una obediencia de fe a nuestros superiores y a la Regla de Vida, una obediencia que nos hace soberanamente libres porque va acompañada de un consentimiento profundo del corazón sin división. Queremos lo que Dios quie-

re, eso es todo. Llevamos a cabo nuestro trabajo cuidadosamente pero sin tensión ni inquietudes desmedidas. Estamos libres frente a lo que nos impide hacer el bien y que pudiera esclavizarnos. Experimentamos una verdadera libertad interior a la vez que estamos completamente entregados a los Hermanos y a los jóvenes. Lo contrario de esa actitud obediente es lo que nos lleva a protegernos para hacer, en realidad, nuestra propia voluntad. Estamos inquietos porque no nos sentimos suficientemente libres dentro de nosotros mismos. Con la disculpa de la legítima defensa de nuestros derechos, nos negamos a abandonar lo que generosamente habíamos entregado en un impulso generoso de nuestra juventud. Una paciente y alegre obediencia de corazón, y no sólo de los labios, es lo que asegura nuestro caminar humilde hacia Dios.

- Una existencia encaminada a la gloria de Dios y no a satisfacer nuestros gustos personales y nuestros intereses. En realidad, no queremos buscar más que *“lo que es voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto”* (cf. Rom 12, 2). Que Dios sea glorificado y amado ¡esa es nuestra dicha! Por el contrario, podemos sentir la tentación de dar más importancia a las alabanzas de los otros y a sentirnos decepcionados por no *“estar a la altura”* o por no ser valorados en la medida que esperábamos. Pero estamos en el buen camino si nos ocupamos más de felicitar y animar a los demás, con sencillez, que rumiar la amargura de no ser suficientemente buenos para ellos. *“Haz que cumpla con mis obligaciones con toda perfección* escribió un Hermano de 27 años en 1916 *que nadie se preocupe por mí, que me ignoren como a un grano de arena,... Oh*

*Jesús, ¡sólo te pido paz! ... Paz y sobre todo Amor, sin límites*¹⁰. *“Las tribulaciones son fuego, nos tiene que purificar, pero no quemarnos”*¹¹ Cuando buscamos verdaderamente la gloria de Dios, nos volvemos cada vez más confiados en la Providencia, más indiferentes a las críticas y a los fracasos y más pacientes con nosotros mismos y con los demás. Esa es la señal de que Dios está en nosotros. Así es como seguimos la estrella que nos guía por el camino de la vida.

¹⁰ Hno Ignace-Marie Besnard, *Ménologe* Tome 1, p. 37

¹¹ Juan-María de la Mennais, *Mémorial*, p. 110

CAMINAMOS con COMPAÑEROS.

Lo que hemos dicho hasta ahora se dirige a todos los bautizados. Todos son llamados a la santidad. Cada uno recibe, en lo profundo de su corazón, una llamada personal del Espíritu. Dios no habla en general; se dirige particularmente a cada uno. Viene, llama a la puerta y entra en tu casa. Y el diálogo se entabla. Dios habla de una manera muy personal. Llama por su nombre al que ama. Confía en ser escuchado y espera una respuesta, personal. Desea este diálogo con cada uno de nosotros y que va a durar toda la vida. Algunos relatos de los santos nos dejan muy claro este itinerario. En ellos se ve cómo Dios moldea poco a poco a los que Él ama.

Sin embargo el itinerario de vida espiritual de cada uno, por más individual que sea, se vive también en Iglesia. El camino que emprendemos lo hacemos con compañeros de ruta que han sido seducidos por la misma luz interior. Así que en la misma experiencia de Dios hay un aspecto completamente individual y otro que nos convierte en hermanos unos de otros. “Podemos decir que la vida espiritual, entendida como

vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por Él según Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia. Todos estos elementos, nos dice Juan Pablo II, calando hondo en las varias formas de vida consagrada, generan una espiritualidad peculiar, esto es, un proyecto preciso de relación con Dios y con el ambiente circundante, caracterizado por peculiares dinamis-mos espirituales y por opciones operativas que resaltan y representan uno u otro aspecto del único misterio de Cristo.” (VC 93) Una verdadera experiencia del Dios de Jesucristo va acompañada de un poderoso sentimiento de pertenencia eclesial, concretada, para nosotros los Hermanos, en una *“espiritualidad particular: menesiana.”*

Estos últimos años, varios trabajos nos han permitido destacar los grandes rasgos de la *“Espiritualidad Menesiana”*. Así que aquí no voy a volver a tratar sobre sus elementos fundamentales, sino sólo recordar que este trabajo lo debería de hacer cada Hermano. Algunas Provincias han ofrecido diversos itinerarios para ayudar a las comunidades a entrar en esta dinámica. Pero aún queda mucho por hacer. Quiero invitar con esto a cada Hermano a consultar las obras existentes ¹² y, *lápiz en mano, hacer un esfuerzo por escribir, para sí, lo que le parece que es el corazón de nuestra “mística común”*. Es importante, en efecto, que pueda decir cada uno lo esencial que él cree que constituye *“nuestra espiritualidad”*. Le toca a cada

¹² Anthologia, Marcel Doucet ; *La Espiritualidad de un hombre de acción*, Philippe Friot ; *Espiritualidad menesiana*, Josu Olabarrieta y Miguel-Angel Merino; *15 jours pour prier avec Jean-Marie de la Mennais*, Yvon Deniaud ; La revista *La Mennais Estudios*. etc.

uno preguntarse y tratar de discernir las disposiciones interiores que el Espíritu Santo ha puesto en él y que le ponen en profunda comunión con los Fundadores y con los Hermanos de ayer y de hoy.

Respondiendo a la llamada de Dios a ser Hermanos hemos entrado en una Familia Religiosa y hemos recorrido un camino que nos ha permitido seguir a Jesús y dejarnos moldear por Él para asemejarnos a Él en la acogida a los niños y a los jóvenes y para enseñarles. Con pasos hacia adelante y, a pesar de los pasos hacia atrás, podemos decir que hemos aprendido a conocernos mejor y a darnos cuenta del trabajo de Dios y de lo que Él espera de nosotros. Por lo menos, los años vividos en la Congregación como Hermanos nos han ofrecido esta posibilidad. Cada uno debe ser capaz de juzgar la forma en que se ha aprovechado de los *"talentos"* que ha recibido.

La Palabra de Dios leída y meditada cada día, la fidelidad diaria a lo que nos pide la Regla de Vida, la Eucaristía que nos alimenta *"con el pan de cada día"*, el Sacramento de la Reconciliación periódicamente recibido, todo esto nos permite sentir llamadas más concretas, son dones que debemos acoger como venidos del Espíritu y que tenemos que desarrollar en nosotros, puntos de conversión para abrirnos más ampliamente a las gracias que se nos dan y fragilidades sobre las que deberemos estar siempre vigilantes. En nuestro caminar, quizá hayamos recibido la gracia de descubrir una actitud interior que nos ha llegado a través de una frase del Evangelio, del P. Fundador o de la Regla de Vida, que nos ha dado un impulso nuevo, una fuente de alegría interior profunda, como una *"vocación personal"* dentro de la vocación común. Es el

mismo Espíritu que ha suscitado el carisma de nuestra Congregación - que conlleva también una forma de espiritualidad - el que nos le ha hecho vivir interior y personalmente. El Espíritu de Cristo es el que nos encamina hacia Él por el camino de la Congregación.

Pensemos de nuevo en la imagen del peregrino con la que hemos comenzado esta reflexión. Primero de niños, luego de jóvenes, hemos ido haciendo nuestro camino por la vida. Alguien nos habló de Dios. En oración silenciosa nos conmovió la Palabra de Dios, el mismo Jesús vino a hablar a nuestro corazón a través de un encuentro, un escrito, una experiencia vital y entonces sentimos que una alegría nos inundaba, como una luz que ilumina e indica el sentido de nuestro caminar. De ahí nace y crece una nueva vida espiritual. Va adquiriendo matices y trazando contornos; se va alimentando de ésta o de aquélla Palabra de Jesús. Esta es la manera que tiene el Señor de entablar y de continuar el diálogo con nosotros cuando Él ve que le escuchamos y le respondemos. *“Quisiera ser, escribe un Hermano joven, la chispita que va provocando grandes incendios allí por donde pasa.”*

Así es la gracia que el Señor nos concede a cada uno de nosotros. No se olvida de nadie. Puede que haya quien tenga un poco “la cabeza a pájaros” y no escuche bien la Palabra que resuena en lo profundo del corazón, pero, que no nos quepa la menor duda, a todos nos toca el Espíritu de Jesús para invitarnos a imitarle. Guiados por un *“anciano”* que nos ayude a encontrar el buen camino, necesitamos muy especialmente, silencio y oración para discernir de qué forma el Espíritu actúa en el centro mismo de nuestras propias acciones. *“Jesús no ha dicho nunca: ‘¡rezad bien!’ sino ‘¡rezad sin desfallecer!’* La

oración no es una joya sino el joyero de nuestra acción.¹³

Volvamos de nuevo a nuestro peregrino, que, joven aún, sintió que el Espíritu le habló y le invitó a acercarse más a Jesús. Cuando entró en la Congregación, pudo experimentar que iba a caminar con compañeros que tenían las mismas ilusiones y que buscaban las mismas realidades. Ahí descubrió el “espíritu de Familia”.

El H. Abel Gaudichon, en 1897, escribía a los Hermanos, poco después de haber sido elegido Superior General: *“Uno de los medios más eficaces de que disponemos para caminar por el camino de la perfección que Dios nos pide, es empapar-se cada vez más del espíritu de nuestro Padre Fundador. Nuestro Padre no nos ha abandonado: sigue con nosotros por medio de las Constituciones que nos ha dejado en herencia, por las virtudes sublimes que ha practicado y cuyo recuerdo anima poderosamente a caminar tras sus huellas,... Tengá-mosle una ferviente ternura y una confiada devoción y no de-jemos pasar ni un solo día sin dirigirle, por lo menos, una pia-dosa invocación,... Si nos anima el espíritu de nuestro Padre, seremos fuertes porque mantendremos entre nosotros la unión y la paz, rivalizaremos en piedad, celo y entrega para llevar a cabo la obra de Dios en los cargos que la santa obe-diencia nos confíe.”*

Para entender mejor lo que puede ser nuestro *“camino personal de vida”* tenemos que comprender mejor lo que el H. Abel llama *“el espíritu de nuestro Padre”*. Este espíritu lo encontramos leyendo y meditando sus escritos o en la Regla

¹³ Michel-Marie Zanotti-Sorkine, *Au diable la tiédeur*, Robert Laffont, 2012, p. 53

de Vida que es necesario que hagamos cada día un poco más nuestra. Esto exige tiempo y paciencia. Nos tiene que gustar este tiempo necesario de espera de los frutos del Espíritu, como el jardinero sabe apreciar la lenta germinación de la naturaleza, o como al peregrino le gusta el largo camino que va recorriendo y que recibe como un don del Espíritu.

Leyendo así los escritos propios de la Congregación, tenemos que sentir que el Espíritu ilumina nuestro camino, señala mejor la ruta trazada y da a nuestro corazón el sentido interior de un caminar que libera y alegra. Es bueno que pongamos por escrito lo que, para nosotros, es el lazo de comunión que encontramos con nuestros Hermanos, el Itinerario Menesiano que tenemos que emprender. Cada Hermano de la Congregación, cada Laico de la Familia Menesiana debería poder, con unas pocas palabras, concretar las grandes líneas de su itinerario de seguidor de Cristo, bajo la inspiración del Espíritu y en comunión con todos los compañeros que han sido llamados a esta misma Familia.

Todo esto va acompañado de un amor cada vez más fuerte y cada vez más íntimo hacia nuestros Fundadores y hacia nuestra Familia Religiosa. Amarles es una fuente de inspiración para nuestra vida espiritual de Hermano. Por otra parte, este amor interior es para nosotros la prueba de que estamos en el buen camino en el seguimiento de Jesús según nuestro carisma. Experimentaremos así que si la definición teórica de la *Espiritualidad Menesiana* es importante, lo es más la manera personal de vivirla, en comunión con los Hermanos y con los Laicos de la Familia Menesiana. Este es mi más profundo deseo, que cada Hermano pueda describir con sus propias palabras su vida ofrecida, laboriosa y feliz, su propio itinerario

de vida en el Espíritu, según *“el espíritu de nuestro Padre”*.

GUIADOS por el ESPÍRITU de NUESTRO PADRE.

Como he mencionado anteriormente, se han publicado varias obras con la intención de hacer una síntesis real de nuestra *“espiritualidad”*. Me gustaría, sin embargo, resaltar algunas insistencias de nuestro P. Fundador, que podemos encontrar en los numerosos consejos a los Hermanos. No se trata de hacer un tratado completo de la *“Espiritualidad Menesiana”*. Lo que quiero es sólo subrayar algunos puntos sobre los que se apoya nuestra vida espiritual para que sea realmente un camino de crecimiento.

Juan María quería que sus Hermanos fueran santos. Los consejos que voy a mencionar aquí son de sobra conocidos; se les podría formular de otra forma o buscar otros. Pero lo importante es darse cuenta de que siguiéndolos, entramos cada vez más en el camino que el Espíritu nos invita a emprender.

1. “Tomad en todo a Jesucristo por modelo.”

Juan María de la Mennais escribía a las Hijas de la Providencia (en 1884): *“He recibido con agradecimiento vuestros deseos de un feliz año nuevo; como respuesta os envío un ramo: lleva flores de humildad, sencillez, amor a la pobreza y a la obediencia,... No le conservaréis lozano a menos que le dediquéis atentos cuidados y que apartéis de vosotras cualquier cosa que pueda dañar su belleza. - Así que no os busquéis a vosotras mismas en nada: no tengáis apego a vuestra propia voluntad, tomad en todo a Jesucristo por modelo. Fijaos en la desnudez de la cueva, en los pañales de su cuna, en las espinas de su corona, en la hiel de su cáliz y en la madera de su cruz.”*

El P. Juan María de la Mennais invitaba a las Hermanas a orientar su corazón hacia Cristo y sólo hacia Él y a intentar parecerse a Él viviendo la humildad y la sencillez, la pobreza y la obediencia. También pide a los Hermanos que vuelvan su mirada hacia la cruz de Cristo, amándole hasta ser capaces de amar como Él amó. Le dice a uno de los Hermanos: *“¿crees que es demasiado pedirte que te sacrifiques un poco por servirle?”*¹⁴

Esta invitación es de absoluta actualidad. Nuestra vida en el Espíritu consiste en tomar a Cristo por modelo y por lo tanto “amar” la cruz, la desnudez de su cueva, etc. tomad en todo a Jesucristo por modelo, ... la madera de su cruz.” Todo está en eso. Se trata de una llamada al amor. Y no se puede amar de veras a la manera de Jesús, más que amando su cruz. El amor a la cruz da fuerza y valor. Contemplantarla es una fuente de

¹⁴ al H. Hippolyte Morin, el 31 de marzo de 1829.

curación para el alma, para el espíritu y para el cuerpo. Nadie puede entender este discurso si no ha disfrutado de la experiencia de ser querido por Dios, experiencia que es un don del Espíritu que Él hace crecer en los corazones de los discípulos.

Sin duda, ésta debió ser la experiencia que vivió intensamente el H. Ignace-Marie Besnard¹⁵ *cuando escribía en su diario íntimo: “Oh Jesús, ¡sólo os pido paz! Haz que cumpla mis compromisos en toda su perfección, que nadie se preocupe por mí, que me pisen y que me olviden como si fuera un grano de arena. Me ofrezco a Vos, mi Bien, para que se cumpla en mí vuestra santa voluntad, sin que las criaturas puedan ser un obstáculo.”*

Esta unión íntima con Jesucristo es un deseo del alma. Querer ser santos supone haber experimentado personalmente la llama viva del amor de Cristo. ¡Cuántos Hermanos lo viven igual en secreto, pero, por falta de un acompañante no aciertan a discernir el camino que el Señor les abre interiormente! A veces podemos tener la impresión de que nuestra vida espiritual es difícil y árida, cuando en realidad el Espíritu nos está enseñando a amar con mayor seguridad. La inteligencia de nuestro corazón tiene que aprender a dejarse iluminar por luces que vienen de fuera. La fe en Cristo Salvador, el amor a su cruz, la escucha de su Palabra son la luz que ilumina nuestra inteligencia y suscitan el ardor de una voluntad liberada de sus trabas.

Para amar a Jesús no hay que hacer caso a los sentimientos contradictorios que llevamos dentro, sino, sea de día o de

¹⁵ Muerto en La Prairie, el 4 de enero de 1922, a la edad de 33 años - *Ménologe* Tomo 1 -pg. 32.

noche, ponernos ante su cruz, en silencio, para dejarnos querer y ofrecernos completamente a Él. De este modo, nos iremos dejando transformar, alejaremos de nosotros cualquier pensamiento de disgusto, reanimaremos el espíritu de fe por la meditación y por la oración y, poco a poco, los sentimientos de Jesús, su manera de ver las cosas, de escuchar y de hablar, irán entrando en nosotros y nos cambiarán.

2. “Obrad con sencillez y libertad de espíritu.”

La sencillez y la libertad de espíritu son dos actitudes que Juan María de la Mennais se empeñaba en que los Hermanos adquirieran. “*No estéis apegados a vuestra propia voluntad,...*” vamos a leer a continuación, escrito por él. En efecto, insistía en la necesidad de la paz de corazón y de la sencillez de vida; siempre invitaba a todos a ponerse en manos de la Providencia. Exhortaba a una vida verdaderamente santa que supiera desprenderse de sus propios sentimientos y liberarse de todo amor propio. Vamos a leer el consejo que daba a un Hermano:¹⁶ “*Ya sabes lo que te dije sobre las pequeñas miserias que tienes que sufrir: yo sufro por ti y contigo; pero tengo miedo de que se te acabe la paciencia y que no conserves la suficiente medida en los reproches que haces a quien tenga la culpa; esto no haría más que aumentarlos, lejos de calmarlos y de ponerles fin; además, un religioso tiene, más que nadie, que evitar terminar de romper la caña cascada y hacer el menor daño posible a los que más le han hecho sufrir; no es suficiente llevar el crucifijo en el pecho, hay que llevar en el corazón un sincero amor a la cruz. Te escribo todo esto porque*

¹⁶ al H. Lucien Deniau en 1843.

me parece notar una cierta irritación en tu carta y porque esa irritación se notaba, sin duda, en lo que le dijiste al Sr. Párroco. No dejes de ser considerado con él, como hacías antes y evita en tu lenguaje, con el mayor cuidado que puedas, todo lo que sea demasiado apasionado y que pueda herir.”

Dejarse llevar por la irritación o decir una palabra de reproche, tratar de defenderse más que escuchar al otro, son malas formas que nos engañan y que nos alejan de la caridad de Cristo. Hay que hacer un esfuerzo sincero para conocerse y para conservar en cualquier circunstancia el dominio de nuestros sentimientos. Para eso, la vida de comunidad es una escuela magnífica. Las relaciones fraternales que se pueden contaminar con pequeños conflictos, nos ofrecen la oportunidad, cada día, de verificar nuestra capacidad de ser verdaderamente libres con nosotros mismos. Si no tenemos cuidado, efectivamente, nos vamos a dejar influenciar por los “*malos espíritus*”. Aferrados a nuestras pequeñas verdades, la cosa más nimia nos perturba y nos irrita. Para respirar paz, tenemos que ser capaces de no tomarnos demasiado en serio a nosotros mismos. “*Estate seguro de que cualquier pensamiento que te lleva al desánimo y a la turbación, que te quita las fuerzas y desespera tu celo no viene de Dios y no puede conducirte a Él.*”¹⁷

También necesitamos esta libertad de espíritu para rezar de verdad. Precisamente por eso la oración silenciosa durante la meditación es importante. Nos enseña a rechazar lo que viene del espíritu de la mentira y del orgullo y a abrimos a Dios Solo con la sencillez de un corazón recto. La falta de liber-

¹⁷ S VIII 2487.

tad interior nos conduce al desánimo cuando la oración se nos hace difícil y tenemos la sensación de que rezando perdemos el tiempo. El medio más seguro es no ceder nunca al cansancio por resignación. Por el contrario, cuando la adversidad llega, especialmente en la oración personal, tenemos que tomar la decisión de no ceder. Lo que está en juego es nuestra responsabilidad personal. Si cedemos ante el esfuerzo, habremos perdido la batalla y seguiremos siendo prisioneros de nuestras miserias.

Ser libre, es también aceptar lo que no hemos escogido y lo que nos hubiera gustado, por nuestro voto de obediencia. Sucede, efectivamente, que la obediencia nos pone en situación de “elegir” lo que, por nosotros mismos, nunca hubiéramos decidido hacer. “Es natural y fácil aceptar esas situaciones que... se presentan en nuestra vida con aspecto agradable y atrayente. El problema surge, evidentemente, cuando llegan situaciones que no nos gustan. Pero, justo en esos casos, es donde se nos pide que seamos verdaderamente libres, queelijamos lo que no queremos,... Ahí encontramos una paradójica ley de la existencia: no se puede ser auténticamente libre más que si aceptamos no serlo.”¹⁸

Es evidente que, cada uno, en cada etapa de su vida, tiene que recorrer su propio camino siendo fiel a sí mismo y aprender a dar sus propios pasos en el seguimiento de Jesús llevando su cruz. Con un corazón sencillo, recto y libre, un corazón que se deje instruir por el Espíritu Santo y que no acepta ni la mediocridad, ni la tibieza, ni las concesiones, ni la mentira, sabremos permanecer fieles a sus llamadas y a nuestro com-

¹⁸ Jacques Philippe, *La liberté intérieure*, EdB, p. 26.

promiso. Es así como “daremos fruto abundante”.

3. “No tengáis más que un solo corazón y una sola alma.”

Somos todos conocedores de la insistencia del Padre de la Mennais en la unión de los Hermanos en las Comunidades. Él mismo se esforzaba en construirla con los consejos que daba regularmente a cada uno. Nos será provechoso leerlos una vez más y aplicármolos.

*“Cede con gusto ante tus Hermanos, siempre y en todo: quien obra así, Dios y los hombres le bendicen.”*¹⁹ *No hay nada más difícil en el día a día que tener la paciencia para aceptar lo inaceptable. Lo decíamos ya en el apartado anterior: la verdadera libertad se mide por nuestra capacidad de no dejarnos llevar por nuestros propios sentimientos. La lenta conversión de nuestro corazón, a lo largo de nuestra vida, se pone de manifiesto en la capacidad de no juzgar, de perdonar siempre, de no buscar ser comprendidos sino comprender. Dios, que ama sin medida, quiere que nosotros amemos a su manera. En el Evangelio leemos esta advertencia: “Con la medida que midáis, seréis medidos.” (Lc 6, 38) Es una ley escrita en nuestro propio ser para amar. Quien perdona, será perdonado; quien ama, será amado. “Dad y se os dará.” (Lc 6, 38) Olvidad los errores de los demás y olvidarán los vuestros. “Evitad con el mayor cuidado todo lo que pueda en lo más mínimo turbar la paz; es el más preciado de los tesoros,...”*²⁰

Es difícil, sin embargo, perdonar cuando uno se siente

¹⁹ al H. Lucien, 1831.

²⁰ Juan María de la Mennais al H. Gérard, 1843.

ofendido profundamente o cuando uno se siente defraudado por el comportamiento de los Hermanos. "Para estar en disposición de perdonar, de vivir en paz y sin resentimientos incluso cuando el entorno es causa de sufrimiento por culpa de comportamientos decepcionantes, hay que hacer una cosa importante: el sentimiento de frustración descrito a continuación tiene que ser radicalmente revisado, porque no se corresponde con la realidad. Necesito dejarme renovar mi mentalidad y mi juicio,... El demonio, a veces, busca desanimarnos, desestabilizarnos, hacernos perder nuestra alegría de servir al Señor y, uno de los medios privilegiados que usa para ello es inquietarnos con todo lo que no funciona a nuestro alrededor,... Si me entristezco y pierdo el fervor por culpa de los problemas que encuentro a mi alrededor, no resuelvo nada, no hago más que añadir más problemas a los problemas."²¹ S. Juan de la Cruz decía: "Donde no hay amor, pon amor y encontrarás amor."

Amar y servir a los Hermanos, ése es el consejo que tan frecuentemente daba nuestro P. Fundador. Se trata del amor que construye comunidad, que la hace misionera, que la abre al pobre a quien hay que evangelizar. Juan María de la Menais recordaba con mucha frecuencia las exigencias de una auténtica Comunidad religiosa. Sabía que la vida espiritual pierde su sabor y cae en la mediocridad cuando los Hermanos no se apoyan mutuamente en el camino de la santidad. Nuestra vida espiritual no se puede vivir en solitario. Estamos llamados a ayudarnos unos a otros y a ir a Dios juntos. No es posible crecer en la vida espiritual sin tratar de sostener el

²¹ Jacques Philippe, ib. p. 76.

celo de nuestros Hermanos, pero sin *“darles lecciones”*. No existe la santidad personal que no irradia sobre los demás. Eso es lo que quiere decir la Iglesia cuando habla de santidad comunitaria. Y ésa también la voluntad de nuestro Padre Fundador: *“Observad la Regla con toda exactitud en vuestra casa y haced juntos vuestros ejercicios de piedad: sin eso no hay Comunidad, no puede haber fervor y se acaba por perder completamente el espíritu religioso. Para un verdadero Hermano, esto, lejos de ser una molestia, es un consuelo y, después de todo, quien no sabe molestarse un poco ¿qué sabe en el orden de la salvación y cómo puede considerarse un verdadero discípulo de Jesucristo crucificado?”*²²

La santidad de un Hermano pasa pues por la búsqueda comunitaria de la santidad que consiste en construir una Comunidad que escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica y en la que cada uno se compromete a querer a sus Hermanos cueste lo que cueste, con una gran apertura de corazón.

4. “Santificaos haciendo santos.”

*“No miréis vuestra vocación sólo bajo el punto de vista de vuestros intereses personales, sino tened en cuenta también los “lazos esenciales” que vuestro estado os hace contraer con una multitud de niños, cuya salvación eterna, de alguna manera, tenéis en vuestras manos.”*²³ *Sabemos muy bien lo que Juan María quiere decir aquí. Jesucristo es el único Salvador. Nuestra Vida está en Él. Y lo mismo ocurre con aquellos que nos son confiados, tantos y tantos niños y jóvenes que estu-*

²² Juan María de la Mennais al H. Porphyre, 1844.

²³ S VII 2230.

dian y crecen en nuestras escuelas y colegios.

Nuestra presencia en medio de ellos no carece de sentido. El profesor en su clase ejerce una influencia real y profunda sobre sus alumnos, lo quiera o no. Debe estar muy atento y conocerse a sí mismo. Tiene que tener una gran perspicacia para darse cuenta de lo que se vive en las relaciones que establece en el grupo y entre los alumnos que lo forman. Cuando Juan María habla de los “lazos esenciales” que el Hermano establece con sus alumnos, habla de los lazos que el Espíritu Santo establece entre ellos y Él. El mismo que actúa en él, actúa también en ellos. Cada Hermano podría contarnos su propia experiencia. Hay momentos en los que uno siente que Dios está allí y que en el centro mismo de la relación entre nosotros y los chicos, el Espíritu Santo entra discretamente con dulzura e inteligencia. Para ilustrar esto, vamos a leer el testimonio que da un antiguo alumno - que luego fue él también Hermano - sobre un Hermano fallecido en 1894²⁴: “Mi primer día de clase con él, nos estaba esperando a mis compañeros y a mí y nos dijo a cada uno unas palabras amables. Con ese sencillo gesto ya había ganado nuestros corazones. Nunca olvidaré su actitud durante la oración, ni la primera canción que nos enseñó, las clases llenas de energía que nos daba, clases interrumpidas por “la oración de la hora”, algo que oíamos por primera vez. Al salir de clase por la tarde, ése primer día, no nos cansábamos de alabar a nuestro nuevo profesor y nuestros padres, encantados de que estuviéramos contentos con él, no tardaron tampoco mucho en sentir también ellos estima y respetuoso cariño por el H. Zéphirin,... Por

²⁴ El H. Zéphirin Le Garrérès, fallecido a la edad de 58 años. *Ménologe*.

lo que a mi respecta, yo sentía por el H. Zéphirin el mismo cariño que se tiene a un padre. Estaba contentísimo de estar a su lado. Y, cuando terminaba la clase y el Hermano iba a la iglesia a hacer una visita al Santísimo, yo le seguí más de una vez, y viéndole... tan recogido, yo me decía por dentro: yo también seré Hermano algún día.”

Leyendo estos renglones, me viene a la mente un consejo de nuestro Padre Fundador a un Hermano: “¡Sé santo, sé santo haciendo santos!”²⁵ Y a otro Hermano le precisaba: “Durante la clase, levanta a menudo tu corazón al Señor y pídele que bendiga tus trabajos,... no te consideres como un maestro profano, sino como un misionero encargado de llevar el Reino de Dios a las almas: ésa es tu vocación y será haciendo santos como llegarás tú a ser santo.”²⁶ Con esto estamos tocando el corazón de nuestra vocación de Hermano: desear ardientemente la salvación de los niños y de los jóvenes, esperar que el Señor les atraiga a Él, alegrarse de que algunos de ellos se dejen enseñar por Él y le sigan. Tanto si somos profesores, responsables de internos, directores o nos ocupamos de otros trabajos o incluso aunque no tengamos contacto de hecho con los chicos por nuestra edad o por nuestra salud, llevamos en el corazón siempre una ardiente oración por los jóvenes y por los niños. El corazón de un Hermano salta de alegría cuando ve que un chico se acerca a Dios o le deja entrar en su corazón. Sufre cuando ve que hieren a los jóvenes o que les manipulan el corazón o la cabeza o que cegados, se dejan conducir por caminos que no tienen salida. Reza y ofrece su vida por todos

²⁵ al H. Ligouri-Marie, en 1884.

²⁶ al H. Alfred-Marie, 1844.

porque les ama como Jesús. Está unido a ellos en el Señor. Es como el padre que espera al hijo perdido. Todos para él son como hijos suyos.

La vocación de Hermano y en consecuencia su vida espiritual, encuentra ahí su pleno sentido. El Hermano no sufre por sí mismo, sufre por “sus” hijos, los que el Señor le ha confiado - pero todos son sus confiados -. Es “vuestra gloria”²⁷, decía el Padre la Mennais a sus Hermanos, “vuestra gloria” el poder servir a estos niños que son como “ciegos que vuelven a ver la luz... por vuestros cuidados.”²⁸ Vuestro mayor sufrimiento, podría haber añadido, es ver que no podéis llegar a todos, pero por los que, al menos, ofrecéis la vida como ofrenda agradable a Dios. El Hermano se une al deseo del Hijo que lloraba sobre Jerusalén: “¡Ojalá conocieras hoy el mensaje de paz!”²⁹ Reza por cada uno de ellos y “levanta a menudo su espíritu”, para usar las palabras de Juan María y pide al Señor que le haga comprender el “mensaje de paz” que puede iluminar su vida.

5. “Escuchad la Palabra de Dios interior y vivificante.”

“María ha escogido la mejor parte que no le será arrebatada” le dice Jesús a Marta, que “afanada en múltiples quehaceres”³⁰, reclamaba la ayuda de su hermana. La mejor parte es escuchar a Jesús que, “con su presencia, con todo lo que nos enseña, con sus palabras, con sus obras, con sus gestos,

²⁷ S VII, 2328.

²⁸ S VII, 2237.

²⁹ Lc 19, 42.

³⁰ Lc 10, 40 y 42.

*con sus milagros y sobre todo, con su muerte y su gloriosa resurrección y por último, con el envío del Espíritu de la Verdad,”*³¹ nos manifiesta el amor infinito del Padre. Es también dejarse conducir por la *“obediencia de la Fe.”*³²

*“Abrid los oídos del corazón, para que esta Palabra de Verdad penetre en nosotros y nutra nuestra alma”*³³ pedía Juan María de la Mennais. A los *“congregacionistas”* les invitaba a tener un Nuevo Testamento y a leer algunos versículos cada mañana, para que la Palabra de Dios penetre hasta lo más íntimo del corazón y grabe en él, poco a poco, la imagen de Jesús. *“Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo”,* escribía S. Jerónimo. No dedicar un poco de tiempo, cada día, a escuchar con amor esta Palabra de Dios, que es *“Dios con nosotros”,* es correr el riesgo de caer en una vida espiritual pobre y vacía y vivir descentrados.

Por eso debemos imitar a María, la hermana de Marta, que se queda a los pies de Jesús. El que no escucha la Palabra se cierra a la Fuente de Vida que brota del costado abierto de Jesús. Se cierra a la *“palabra interior y vivificante que no hace ruido en el fondo de nuestros corazones, pero que tronará en el último día contra los que no la escucharon.”*³⁴ Incluso si nuestra jornada está llena de ocupaciones, no tenemos que caer en la tentación de mantener cerrado el Libro de la Vida. Corremos un riesgo muy grande de perder incluso el sentido mismo de nuestra vocación. Cuántos cristianos de hoy han

³¹ Dei Verbum § 4.

³² Rom 16, 27-28.

³³ S III 927.

³⁴ Juan M^a de la Mennais, en un retiro. S VII 2210.

caído en la cuenta y han descubierto la importancia de esos minutos que le dedican cada día a la lectura de la Palabra.

No deberíamos de tener que recordarlo a los religiosos. Nuestro Fundador se sigue dirigiendo hoy a nosotros con estas palabras de la Regla de 1825: *“Nunca y bajo ningún pretexto acortéis el tiempo de meditación, porque, de todos vuestros ejercicios de piedad, éste es el más necesario, ...”* En la meditación, como María, estamos a los pies de Jesús para escuchar su Palabra. En ella Él nos abre su corazón. Cura en nosotros lo que en nosotros esté herido. Escucha los secretos de nuestro corazón. Su Espíritu de amor nos enseña el amor verdadero y gratuito. Nos trae la paz y nos hace capaces de ser, como Él, humildes servidores de los Hermanos y de los jóvenes.

No hay progreso espiritual, ni evangelización auténtica, sin dedicar tiempo, como María, a escuchar a Jesús. Aprendemos así que no somos nosotros los que damos fruto, sino Él. Esto nos colma de felicidad. Con María, la madre de Jesús, cantamos *“Mi alma glorifica al Señor, ...”* Sí, *“la Palabra de Dios lleva en ella, por sí misma, una virtud sobrenatural y sus efectos son magníficos.”*³⁵ *Un corazón misionero es un corazón que escucha la Palabra de Vida. “Si tenemos el vivo deseo de escuchar la Palabra que tenemos que predicar, escribe el Papa Francisco, se va a transmitir de una manera o de otra al Pueblo de Dios: de la abundancia del corazón habla la boca.”* (Mt, 12, 34)³⁶

Recordemos también que, para un Hermano, la Regla de

³⁵ Juan María de la Mennais - S III 928.

³⁶ Papa Francisco, *La alegría del Evangelio*, nº 149.

*Vida, es la Palabra que Dios le dirige. Interiorizar la Regla de Vida, hacerla nuestra, es el camino más seguro, para un Hermano, de escuchar su Palabra, de ponerla más realmente en práctica. La Regla, fielmente vivida, es lo que mejor le permite vivir su vocación con un corazón unificado. “Considerad la Regla como la expresión de la voluntad de Dios y su estricta observancia como la forma más segura de agradarle y de santificaros [...] La Regla es un amigo que nunca engaña y un guía que nunca extravía, [...] Si éste o aquél artículo os parecen poco importantes, desconfiad de vuestro propio juicio, nada es pequeño en el servicio de Dios, ...”*³⁷ *El camino de crecimiento más seguro para un Hermano es la fidelidad a la Regla: esta verdad no envejece jamás. El Señor nos habla a través de la Regla, nos enseña a entrar en el “espíritu de nuestro Padre” por el que quiere que nosotros nos parezcamos a Él. Fieles a la Palabra de Dios por el camino de la obediencia a nuestra Regla de Vida, le respondemos al Señor: “Habla Señor y yo obedeceré sin dudar, sin quejarme, con alegría y con amor.”*³⁸

6. “Comulgad lo más a menudo que podáis.”

*“Por el Bautismo, el Espíritu Santo consagra nuestras almas [...] y las adorna con sus dones [...] Las ha escogido por esposas [...], las aconseja con sus inspiraciones [...], las anima y las dirige en la práctica de las virtudes [...], las hace fecundas en toda clase de buenas obras...”*³⁹ *Después de estas pa-*

³⁷ De la Regla de 1825.

³⁸ Juan María de la Mennais - S VII 2210.

³⁹ Juan María de la Mennais a los niños - S II 632.

labras no hay nada que añadir. Si nos fijamos en ellas y las meditamos, no podemos por menos que quedarnos maravillados de la obra de Dios en nosotros. Sabemos que somos pecadores y cuanto más avanzamos por la vida más constatamos nuestra fragilidad y nuestro pecado. Este don del Espíritu que hemos recibido por el Bautismo y la Confirmación nos reviste con el manto de la luz del amor. Nos hemos revestido “del hombre nuevo.” (Ef 4, 24) Nuestra vida es fecunda, no por nuestros méritos, sino por la gracia de su Bondad y su Misericordia. ¡Nos cuesta tanto ser servidores humildes! Estamos mucho más inclinados a buscar las alabanzas, creyendo que Dios contabiliza nuestras buenas acciones y que juzga como los hombres. Caemos en angustia y nos desazonamos porque no nos apoyamos en el dulce juicio de nuestro “buen Maestro”; no hemos hecho todavía un verdadero acto de abandono en su misericordia.

Por eso, antes de hablar de la Eucaristía, deberíamos meditar más a menudo sobre la gracia recibida en el Bautismo, repetirnos a nosotros mismos que pertenecemos al Señor y que estamos en sus manos, que Él nos cuida, que somos sus “niños mimados”. Por el Bautismo “estamos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que, más allá de nuestras imperfecciones, nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza y da sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que la vida no es la misma sin Él ya que has descubierto que lo que te ayuda a vivir y te da esperanza, es lo que tú mismo tienes que comunicar a los demás.”⁴⁰

Debemos también, ser fieles al sacramento de la reconcili-

⁴⁰ Papa Francisco, *La alegría del Evangelio*, nº 121.

liación. El Papa Francisco, el 28 de marzo de 2014, cuando presidía una celebración penitencial en la basílica de S. Pedro, se paró en esta parte de la 1ª Carta de S. Juan (1, 8-9): “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, el que es fiel y justo nos perdonará y purificará de toda maldad.” Y añade el Papa: “Quien experimenta la misericordia se siente empujado a ser artesano de misericordia entre los últimos y los pobres.” El sacramento de la reconciliación enciende en nosotros el fuego de la misericordia. Si no nos acercamos a recibir este “signo” de misericordia con el que el Padre nos envuelve, no sabremos llegar a los que son prisioneros de sus miedos y de sus heridas, para anunciarles que Dios les ama. Este sacramento de la misericordia reviste, hoy en día, una gran importancia, para nosotros mismos y para los jóvenes que necesitan sentirse amados por Dios para crecer.

Volvamos al sacramento de la Eucaristía del que nos dice la Regla de Vida que es “*la cumbre de la fraternidad*” (D 84). Volvamos a lo que nos dice nuestra Regla de 1876: “... *es el fuego del amor divino, del celo y de la abnegación; ha dado fortaleza a los mártires, ha hecho germinar la pureza de las vírgenes y ha formado a los santos*” Juan M^a se lo recordaba también a los Hermanos cuando escribía a uno de ellos: “*Uno de los medios más eficaces para perseverar, es acercarse lo más a menudo posible a recibir la sagrada Comunión: cuando tengas la dicha de tener dentro de ti a Jesucristo, será el mejor momento para recibir con mayor abundancia sus luces, sus*

*consuelos y sus gracias.”*⁴¹

La Eucaristía es el corazón de nuestra vida consagrada. Al unirnos a Cristo, renovamos el don total de nuestra vida al Padre. Le volvemos a decir que le pertenecemos por completo y que nada en el mundo nos hace más felices. Sólo Él es nuestra vida, nuestra salvación, nuestro tesoro. Dejamos a Cristo venir a nosotros, como el único que da sentido a nuestra existencia e ilumina la mirada sobre nosotros mismos, sobre el mundo y sobre los jóvenes. Cristo íntimamente presente en nosotros por la Comunión, se acerca a nosotros para dialogar y para ir moldeándonos a su imagen.

La Eucaristía es también el fuego que reanima nuestro fuego misionero. El Señor Jesús, de quien comemos el cuerpo entregado y bebemos la sangre derramada, reaviva en nosotros el deseo de hablar en su nombre y ser artífices de salvación en el mundo. Nuestra vida, junto a la suya, la ofrecemos en sacrificio por la salvación de los jóvenes. La Eucaristía celebrada y adorada en la iglesia, estimula nuestras ansias de ser “signos” de Cristo que cuida y salva a los que tienen hambre de Él o incluso a los que desconocen “el Nombre que está por encima de todo nombre.”

Cada día de nuestra vida, tendríamos pues que recibir, con humildad y gran vigilancia del corazón, el Pan de Vida - que no era posible en los comienzos de nuestra Congregación -. Tendríamos que correr ansiosos, con todo nuestro ser tenso, como Pedro y Juan camino de la tumba vacía, hacia Quien viene a nosotros tan real y misteriosamente. “*Pon sumo cui-*

⁴¹ al H. Marcel, 1823.

dato en no familiarizarte con un sacramento tan santo,”⁴² le decía el P. Fundador a un Hermano. En el momento de la Eucaristía presentamos al Señor nuestra vida entera: la meditación de la mañana, el oficio divino recitado junto a los Hermanos, los trabajos del día, las palabras pronunciadas o escuchadas, la escucha ofrecida, los perdones, lo que nos hemos negado a dar, nuestras impaciencias incontroladas, nuestras envidias y juicios ruines y crueles, nuestras buenas acciones y nuestro pecado. Al presentarlas al Señor durante la Eucaristía, Él las purifica y les da fecundidad por su misericordia. También, en el momento de la Eucaristía, ponemos todo lo que amamos en las manos de Quien está realmente presente en este gran sacramento, empezando por nuestros Hermanos y por los chicos de nuestros colegios. En este momento, entregamos verdaderamente nuestra vida por aquellos por los que la ofrecemos. Todo el universo está presente y nosotros se lo ofrecemos al Señor.

El tiempo de la Eucaristía es el momento del día que un Hermano debería apreciar por encima de todo. No debería omitirlo jamás, salvo casos extremos. “El primer deber misionero de la personas consagradas es para con ellas mismas y lo realizan abriendo su corazón a la acción del Espíritu de Cristo,” escribía Juan Pablo II. (VC 25) Esta acción del Espíritu, que nos transforma en imágenes del Hijo ofrecidos al Padre, tiene lugar, verdaderamente en el momento de la Eucaristía. ¿Queremos saber si vamos bien por el camino que el Espíritu nos quiere hacer recorrer? Examinemos la intensidad de nuestro interés por la Eucaristía y la manera cómo la vivimos y halla-

⁴² al H. Polycarpe, 1841.

remos la respuesta exacta.

7. “Tened una tierna devoción a María.”

Ya que estamos examinando cómo vivir el espíritu de nuestro P. Juan M^a de la Mennais, no podemos olvidarnos de hablar de María. Cuando nuestro Padre invita a los Hermanos a rezar a la Virgen, lo hace para imitar sus virtudes: la humildad y el olvido de uno mismo. Les invita a convertirse en los “niños” que ama el Señor y a los que Él llama. Y ¿quién ha sabido responder mejor a ese deseo de Dios sino María, la humilde esclava del Señor?

Llevamos razón amando a María que meditaba en su corazón todos los acontecimientos que vivía al lado de su Hijo. Guardaba en el silencio de su corazón todo lo que recibía de Él. El amor con que Le rodeaba era pura escucha y servicio. El ejemplo que Ella nos da, es el del amor que no se oculta y que jamás juzga nada. Está siempre ansiosa por servir, jamás por ser servida.

Si queremos llegar a Jesús, tenemos que pedírselo a María. Porque ¿quién lo ha hecho mejor que Ella? Por eso el P. Fundador recomendaba a sus Hermanos *“la más tierna devoción a la Santísima Virgen.”* Eso es lo que también hoy nos pide la Regla de Vida: *“Los Hermanos procuran expresar cada día su veneración a la Virgen María, especialmente por el rosario meditado, oración tradicional en la Congregación.”* (C 44) La Regla nos recuerda que el rosario es la oración que los Hermanos recitan gustosos cada día. Y subraya que es una tradición en la Congregación. Por tanto, una manera de ser fieles al espíritu de nuestro Padre, es cuidar esta sencilla oración

dirigida a nuestra Madre. Juan M^a insistía: “... *tienes que rezar todos los días el rosario a la Virgen, así lo dice la Regla y la Regla no ha cambiado.*” Él mismo había escrito en la Regla de 1825: “*El rosario es una de las más hermosas devociones a María y una de las más santas,... Llevad siempre el rosario con vosotros porque es como el uniforme distintivo de los siervos de María y la señal que diferencia a sus hijos.*”

Demasiados Hermanos han perdido la costumbre de rezar esta oración. Gracias a Dios, muchos Hermanos, entre ellos los más ancianos, llevan todavía el rosario en la mano. ¡Cuántas gracias no recibimos todavía hoy por su fidelidad a esta humilde oración de los que conservan aún un corazón de niño! ¿Lo llegaremos a saber un día, para darles gracias por ello?

Quienes rezan a María tienen asegurada su apertura a las gracias del Espíritu. Si, verdaderamente, queremos crecer en la vida espiritual, dejarnos moldear por el Espíritu y llegar a ser santos, tenemos que rezarle a la Virgen. Y la mejor manera de hacerlo es recitar el santo rosario, cada día, como nos lo pide nuestra Regla, meditando los misterios de la vida de Cristo. Juan Pablo II nos lo recuerda: el objetivo del rosario es “*contemplar con María el rostro de Cristo*” y sacar los frutos espirituales de esta meditación.

Os invito pues, Hermanos, a recobrar el camino del rosario. Comprometeos a dedicar a María, al menos, 15 minutos de cada uno de vuestros días; como respuesta Ella será vuestro apoyo durante la peregrinación de vuestra vida. Valorad también la oración de consagración a María. S. Luis M^a Grignon de Montfort nos ha enseñado su significado. La consagración a Dios por María es un acto de abandono y de confianza, a

ejemplo de Juan, el discípulo amado del Señor cuando recibió en su casa a la Madre de Jesús. (Jn 19, 27). Según los Padres de la Iglesia, que ya habían introducido esta práctica y siguiendo la invitación del Juan M^a de la Mennais, nos gustaría entrar en esta íntima relación con María y expresarle nuestra confianza porque ella es ya nuestra madre y nos lleva con seguridad a través de los obstáculos y de las dificultades de la vida.

CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas, hemos considerado nuestra vida como un camino por recorrer, una peregrinación, un camino de crecimiento, una respuesta cada vez más fiel al llamamiento de Cristo que nos invita a seguirle, a pensar como Él, a amar como Él, a entregarse como Él. Al hacer esto, hemos hablado de la formación permanente. Como subraya **Vita Consecrata**: *“La persona consagrada no podrá jamás suponer que ha completado la gestación de aquel hombre nuevo que experimenta dentro de sí,... los sentimientos mismos de Cristo [...] Nadie puede permitirse no estar atento a su crecimiento humano y religioso;... nadie puede llevar una vida autosuficiente [...] No existe ninguna edad a la que pueda considerar acabada la maduración de su persona.”* (nº 69)

Nosotros que somos educadores por vocación, sabemos bien de la importancia para los jóvenes de entrar en la vida con la preocupación permanente, no de acumular, en primer lugar, conocimientos, sino sobre todo de adquirir la capacidad de ser actores , libres y responsables, de su propio itinerario

de vida, vivido como realización de una “vocación”, la respuesta a una llamada interior dentro de una historia personal y colectiva a la vez. Esto es igualmente válido para cada uno de nosotros.

Desde los años de formación inicial, tenemos que ser conscientes de que entramos en un camino que no está previamente definido. Dios nos llama y nosotros entablamos un diálogo continuado con Él que nos va comprometiendo personalmente cada vez más. El “SÍ” que pronunciamos en los comienzos de esta peregrinación tiene que ir siendo cada vez más radical. Las motivaciones personales deben purificarse. Las búsquedas interesadas, más o menos declaradas, que pudieran haberse introducido al principio en nuestra respuesta, tienen que purificarlas las pruebas y abrirse totalmente a la acción del Espíritu que endereza nuestros caminos torcidos. No es posible ser Hermano, hoy igual que ayer, sin haber decidido, desde el fondo de nuestro corazón, emprender el sendero estrecho y escarpado que conduce a la luz verdadera.

Nuestra vida espiritual no es auténtica más que si estamos decididamente comprometidos con la verdad de nuestro ser. Tenemos que estar siempre vigilantes, tener el espíritu y el corazón alerta, para distinguir las llamadas del Espíritu a nuestro corazón, de la agitación de nuestras existencias. No corramos el riesgo de escucharle a Cristo que nos reprocha: *“¡Hipócritas! Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra ¿cómo es que no distinguís el tiempo presente?”* (Lc, 12, 56). En nuestro camino junto a los Hermanos y a los Laicos, iluminados por el carisma que compartimos con ellos, tenemos que ser capaces de “ver” y “conocer” el “tiempo” de Jesús y decidirnos a hacer realidad lo que esta visión significa. Pero

no seremos capaces de discernir con verdad las cosas de Dios si no es con un corazón renovado por la gracias del Espíritu.

Por eso, Hermanos, os invito a que dediquéis tiempo a meditar las palabras de nuestro Padre Juan M^e de la Mennais, para llegar a conocer mejor las palabras secretas que el Espíritu de Dios pronuncia en lo íntimo de nuestro ser. Le pido a Dios que suscite en cada uno de vosotros el deseo de ser un verdadero discípulo de Cristo que no sigue al *“espíritu del error”* sino al *“Espíritu de la verdad”*. (cf 1 Jn 4, 6) Pues el Espíritu de la verdad es fiel. Él fue quien nos hizo oír nuestra *“primera llamada”* y que luego nos va conduciendo cada día por el camino de la vida hacia la última llamada a compartir su gloria eterna con el Hijo y el Padre.

Para finalizar demos una vez más la última palabra a nuestro Padre y dejémonos llevar por ella en esta hermosa peregrinación de nuestra vida:

“Amemos a Dios, ya que mañana estaremos ante Él, estaremos con Dios, ¡con Dios Solo! ¡Ojalá pudiéramos mañana decirle a Dios: oh Dios mío, os he amado, os sigo amando. Esta palabra será el cielo. Dios mío, aquí tenéis mi corazón, poned en él vuestro santo amor.” (M 29)

Hermano Yannick Houssay, Superior General

Roma, 15 de Agosto de 2014

en la Fiesta de la Asunción de la Virgen María.



Dios solo

